



“Pensad a lo que ha venido a quedar reducido el hombre europeo por obra del capitalismo. Ya no tiene casa, ya no tiene patrimonio, ya no tiene individualidad, ya no tiene habilidad artesana, ya es un simple número de aglomeraciones. Hay por ahí demagogos de izquierda que hablan contra la propiedad feudal y dicen que los obreros viven como esclavos. Pues bien: nosotros, que no cultivamos ninguna demagogia, podemos decir que la propiedad feudal era mucho mejor que la propiedad capitalista y que los obreros están peor que los esclavos.”

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera

nº 338 (2ª Época). Noviembre 2020

EN ESTE NÚMERO:

1. **Francisco Largo Caballero, el “Lenin español”.** José María García de Tuñón Aza
2. **El calor y la irresponsabilidad de la infancia.** Manuel Parra Celaya
3. **¡No le censuréis!** Carlos León Roch
4. **Aún queda esperanza.** José María Ramírez Asencio
5. **Los presos del bipartidismo.** José Manuel Cansino
6. **El origen de las “checas”.** Josep Gavaldá
7. **A por ellos.** Eduardo García Serrano
8. **Oda a un soñador, José Antonio.** Eduardo López Pascual

A quien la memoria histórica le ha levantado un monumento al lado de los Nuevos Ministerios de Madrid mientras quitaban, por ejemplo, todos a José Antonio Primo de Rivera sólo por el afán de revancha de los socialistas, y demás ralea, que elevaron a lo más alto a quien dijo en un mitin pronunciado en la localidad de Linares el 20 de enero de 1936 que «la clase obrera debe adueñarse del poder político convencida de que la democracia es incompatible con el socialismo. Y como el que tiene el poder no ha de entregarlo voluntariamente por eso hay que ir a la revolución». «Por tanto, empecemos diciendo que Largo Caballero fue un revolucionario», ha dicho de él su biógrafo el socialista Pedro de Silva que llegó a ser presidente del Principado de Asturias, diputado a Cortes, consejero-secretario del Banco de Asturias y consejero



de Hidroeléctrica del Cantábrico, mientras entonaba el himno oficial de los trabajadores lo de Arriba, los pobres del mundo, de pie los esclavos sin pan y gritemos todos unidos ¡Viva la Internacional!.. –también tiene notables variaciones–, o se colocaba al lado de los que la cantaban. Este biógrafo que más que una biografía parece que escribió un mal tratado de metafísica, se permitió pedir, en cierta ocasión, leer la Obras Completas de José Antonio para poner en su sitio –decía– la supuesta condición de «intelectual» y de «poeta».

Francisco Largo Caballero nació en Madrid, el 15 de octubre de 1869. Sus estudios en la escuela, no pasaron de ser los más elementales. Sin embargo, por otra parte, su deseo de saber le obligó a leer libros, periódicos, principalmente El Socialista, y a estudiar el problema de la lucha de clases. Asistía a mítines y conferencias donde hablaban los principales gerifaltes del republicanismo español. De lo escuchado y oído sacó el convencimiento de que la clase obrera debía actuar activamente en la lucha política si querían consolidar lo conquistado en la lucha económica contra la clase patronal. Con este bagaje de conocimientos que fue adquiriendo, incluso participar en la primera huelga de la construcción, le permitió tomar parte en los Congresos del PSOE y de la UGT

desde 1898. Al mismo tiempo tomó parte en varios mítines y conferencias por toda España e incluso asistió en Berna a la Conferencia Internacional En1918, fue elegido diputado a Cortes por Barcelona y más tarde lo fue por Madrid. Durante la dictadura de Primo de Rivera fue nombrado consejero de Estado, nombramiento que sancionó Alfonso XIII, a propuesta del Jefe del Gobierno y Presidente del Directorio Militar, el 13 de octubre de 1924. También formó parte del Comité revolucionario que el 14 de abril de 1931 proclamó la República donde llegó a ser ministro de Trabajo y presidente del Consejo de Ministros y ministro de Guerra desde el 5 de septiembre de 1936 hasta el 15 de mayo de 1937. «Estos cargos –dice él– los acepté para evitar un movimiento contra el Gobierno del señor Giral, por patriotismo, en plena guerra civil en el momento en que los rebeldes habían tomado Talavera de la Reina y se dirigían a Toledo y Madrid». Antes de haber sido nombrado para esos cometidos, en 1932 se celebró el Congreso Nacional del PSOE y Largo fue elegido presidente. A continuación se celebró el de la UGT y volvió a salir reelegido Secretario General y aunque renunció al cargo no fue aceptada su dimisión, pero ante su insistencia de dejar el puesto, éste quedó, de momento, sin cubrir.

El 19 de noviembre de 1933 se celebraron elecciones para las Cortes. Ganaron los partidos de centro-derecha. Los socialistas sólo consiguieron 55 escaños, lo que hizo que Largo Caballero se fuera radicalizando enviando notas a la prensa protestando por todo, incluso se permitió el lujo de decir quienes eran los buenos republicanos y quienes no: «Los falsos republicanos se quitaron las caretas», llegó a escribir.

Desde ese momento, los socialistas comienzan a preparar lo que se llamó Revolución de Asturias, octubre de 1934, la gran esperanza de la revolución española, pero en sus Mis recuerdos, Largo Caballero miente porque escribe que en los primeros días de octubre de ese año, apareció el decreto nombrando a Gil Robles ministro de la Guerra, cuando esto no es cierto. No lo sería hasta mayo de 1935. En ese mes al que se refiere Largo entraron en el Gobierno tres miembros de la CEDA, y ninguno de ellos era Gil Robles quien ni tan siquiera estaba propuesto. Como es conocido la entrada de los tres hombres de la CEDA en el Gobierno de Lerroux es la disculpa que ponen los socialistas para desencadenar aquella revolución cuando lo cierto es que ya venían organizándola muchos meses atrás como así lo afirman unas palabras del propio Largo: «La clase obrera se va a encontrar a la puerta de un movimiento revolucionario en que nos lo vamos a jugar todo. ¡Todo!». Largo fue encarcelado por su participación en aquella revolución que tantos muertos inocentes causaron y a los que a los que

olvida en sus recuerdos, pero sí se acuerda de su compañero Indalecio Prieto, responsable también de aquella revolución, al que tacha de envidioso, soberbio y orgulloso, porque dice: «se creyó superior a todos; no ha tolerado a nadie que le hiciera la más pequeña sombra».

Largo Caballero durante sus largos años de destierro en Suiza, esperaba su momento. Su reformismo no era un fin, sino un medio. Lo había dicho en uno de sus discursos cuando se refirió a la «República burguesa que instauramos el 14 de abril de 1931. El fin es la República socialista que se está forjando ya en las entrañas del pueblo español». Largo Caballero, pues, era la gran esperanza de la revolución. Infinitos textos así lo confirman. El primero cuando en noviembre de 1931 se opone a un Gobierno solo de republicanos, y dice: «Ese interés solo sería la señal para que el partido socialista y la Unión General de Trabajadores lo considerasen como una provocación y se lanzase incluso a un nuevo movimiento revolucionario. No puedo aceptar tal posibilidad, que sería un reto al partido, y que nos obligaría a ir a una guerra civil». Y no se cansa de hablar de la «Guerra Civil», y la cita antes de las elecciones de noviembre de 1933: «Se dirá: ¡Ah esa es la dictadura del proletariado! Pero ¿es que vivimos en una democracia? Pues ¿qué hay hoy, más que una dictadura de burgueses? Se nos ataca porque vamos contra la propiedad. Efectivamente. Vamos a echar abajo el régimen de propiedad privada. No ocultamos que vamos a la revolución social. ¿Cómo? (Una voz en el público: Como en Rusia). No nos asusta eso. Vamos, repito, hacia la revolución social... mucho dudo que se pueda conseguir el triunfo dentro de la legalidad. Y en tal caso, camaradas habrá que obtenerlo por la violencia... nosotros respondemos: vamos legalmente hacia la revolución de la sociedad. Pero si no queréis, haremos la revolución violentamente (Gran ovación). Eso dirán los enemigos, es excitar a la guerra civil... Pongámonos en la realidad. Hay una guerra civil... No nos ceguemos camaradas. Lo que pasa es que esta guerra no ha tomado aún los caracteres cruentos que, por fortuna o desgracia, tendrá inexorablemente que tomar». El historiador militar Martínez Bande, recordaría, muchos años después, palabras que Largo había pronunciado en Oviedo en junio de 1936: «Las finalidades concretas de este Ejército serán: sostener la guerra civil que desencadenará la instauración de la dictadura del proletariado y realizar la unificación de éste por el exterminio de núcleos obreros que se nieguen a aceptarle». Este Ejército era, naturalmente, las milicias marxistas, es decir, el «Ejército rojo» que ellos mismos así se llamaban y así victoreaban, a la vez que no cesaban de dar «¡Vivas a Rusia!». Las palabras de Largo respondían al programa que ya había publicado Mundo Obrero

el 13 de febrero anterior, por eso el líder del PSOE recalcó que los socialistas no estaban separados del PCE por «ninguna diferencia grande. ¡Qué digo yo! No hay ninguna diferencia», y así volvió a recordarlo en ese mismo acto, asegurando que cuando Marx formuló aquellas palabras: «Proletarios del mundo, uníos, por algo lo dijo».

Tras la derrota del Ejército rojo, Largo se exilió en Francia donde al ser ocupada después por los alemanes fue arrestado en febrero de 1943 y en julio internado en un campo de concentración en Alemania hasta su liberación al final de la guerra mundial. Falleció en París el 23 de marzo de 1946 y en la capital de Francia fue enterrado. Sus restos no volverían a España hasta el día 6 de abril de 1978. Incluso, en esta fecha, los socialistas le publicaron una esquela donde rogaban «un recuerdo hacia quien entregó su vida a la causa de la libertad...». Aunque no decían a qué clase de libertad se referían.

2

El calor y la irresponsabilidad de la infancia

Manuel Parra Celaya

Con estas palabras que sirven de título abre José Antonio Primo de Rivera el discurso en el Cine Madrid el 19 de mayo de 1935, en referencia a las que había pronunciado el 29 de octubre de 1933; y añade a renglón seguido que, por el contrario, el acto de ese día está cargado de gravísima responsabilidad y exige un rigor de precisión y emplazamiento.

No se trata de una actitud de arrepentimiento ni de menosprecio del Fundador hacia la excelente pieza oratoria que había pronunciado en el Teatro de la Comedia; simplemente constataba la levedad de sus palabras del pasado ante la decisiva importancia que tenían las presentes; el símil de la infancia, con sus titubeos, era muy acertado.

Seguramente, esto puede chocar a muchos de los que, durante años, escucharon de forma repetitiva el discurso fundacional de Falange Española del 29 de octubre en los actos oficiales, bajo la mirada benévola de jefes que, entre tanto, pensaban en cosas muy distintas a lo que allí se estaba repitiendo, como rito y no como mensaje. No es casualidad que, en cambio, en la misma etapa de nuestra historia, se soslayaran referencias a otros discursos del Fundador -como el mencionado de mayo del 35- que contenían mucha más enjundia y podían resultar comprometedores. Lo cierto es que,

entre octubre de 1933 y mayo de 1935, habían ocurrido muchas cosas en España y en el mundo; José Antonio había depurado su pensamiento, analizados y revisados muchos conceptos, radicalizado su postura inicial y agregado -al decir de Francisco Torres- muchos ingredientes nuevos a su relato (por decirlo en términos de hoy), que iban mucho más allá de la dialéctica entre liberalismo y socialismo y la propuesta de



un Estado no diseñado, que llamó temerariamente totalitario, para afirmar, en momentos más maduros, que lo totalitario no existe. El tiempo había transcurrido no en vano y la circunstancia exigía derroteros acaso antes insospechados y rectificaciones ante enfoques primitivos e ingenuos.

¡El tiempo no había pasado en vano! ¿Y qué podemos decir de la distancia que media entre aquellos años 30 del siglo

pasado y los 20 del actual? Pensemos solamente en la realidad de un neoliberalismo, de un marxismo cultural, superviviente del hundimiento del socialismo real, de los populismos de izquierda y de derecha, del hipercapitalismo global, de los desafíos antropológicos, de las bioideologías, de la Unión Europea y sus contradicciones, de los países emergentes, de la potencia de China, de la cuarta revolución industrial de la Informática, de las crisis económicas sucesivas, de las nuevas corrientes de pensamiento, del renacer de las espiritualidades y del retroceso de las religiones institucionalizadas... De nada de eso podía tratar José Antonio en su época, precisamente porque no existía.

Por eso, la pregunta obligada -y no vale esquivarla- es qué nos queda de válido a quienes nos definimos -aparte de militancias concretas y ocasionales- como joseantonianos del siglo XXI.

Las posiciones son variadas y dispares entre sí, pero, en todo caso, no cabe eludir la meditación y el debate. Entre esas posiciones, hay de todo, como en la viña del Señor. Unos ni siquiera entran en el debate, conformándose con evocaciones momentáneas, vagos recuerdos de lo que oyeron en épocas juveniles; con todo, su tono hacia José Antonio es apologético, pero sin prestar su apoyo a iniciativas para que, sin dejar de ser una magnífica figura histórica, adquiera rango de potencialidad para este presente. Se conforman con el José Antonio histórico...y olvidado.

Otros se empecinan en negar la evidencia temporal; se aferran a propuestas, hilvanadas en tiempos difíciles, poco oportunos para la reflexión, como si los años no

hubieran transcurrido; toman las palabras, los gestos, los contenidos y las formas de los desvanes de la historia y quieren aplicarlos -como si se tratara de textos evangélicos o talmúdicos- tanto si coinciden o no con las realidades de hoy. No advierten que están sepultando al propio José Antonio con una losa más pesada que la que cubre sus restos en Cuelgamuros. Se empeñan en mantener la letra, cuando lo importante -él lo dejó dicho en su homenaje y reproche a su maestro Ortega- es continuar la melodía iniciada.

Algunos dan por finalizada aquella historia; acaso guardan, en el fondo de la conciencia, un resquicio de sus lealtades de ayer en forma de nostalgia no confesada; pero prefieren acampar en parajes diferentes y, a menudo, contradictorios en mucha medida con aquellos en los que solían poner sus tiendas antaño. O, a lo peor, es que se han olvidado de acampar...

En los tres casos mencionados -con todas sus infinitas variantes- el tiempo y la circunstancia han interactuado de forma negativa: por frivolidad, por empecinamiento, por abandono, respectivamente. Cuando el tiempo debe ser ocasión de reflexiones profundas, de estudio y de clarificación, y la circunstancia -cuanto más adversa con mayor motivo- ocasión de acicate para la perseverancia y la acción meditada y productiva.

Los que hemos asumido la condición mencionada de joseantonianos del siglo XXI tenemos casi todos en común el habernos acercado a su figura y a su obra en momentos en que había decrecido el fervor público y oficial, ese que se limitaba en mantenerlo en una hornacina sobre un pedestal de mármol. Aprendimos, eso sí, a valorarlo ante todo como ser humano, acaso irreplicable, con sus grandes aciertos y sus errores, con sus virtudes y sus defectos, como arquetipo (al decir del gran joseantoniano y maestro de todos, Enrique de Aguinaga). Entonces, conmemorábamos, con ilusión juvenil, el Día de la FE, mas no como dogma, sino como proyecto.

En nuestra formación inicial en lo joseantoniano -al aire libre y en lo alto las estrellas- constatábamos que toda su arquitectura para lo político, lo social y lo económico partía de la persona, de ese hombre entendido a la manera cristiana: dotado de dignidad y libertad, íntegro en cuanto compuesto de alma y cuerpo, con un fin trascendente que no es posible eludir; de este punto de partida, valorábamos el papel que asignó a las unidades naturales de convivencia, bases del organicismo social: la familia, la comunidad en un vecindario, el trabajo.

La pugna, en nuestros días, se ha llevado incluso al ámbito antropológico y, además de las divisiones de antaño -de partido, de territorio, de clase- se propone una

dialéctica casi feroz entre los sexos, devenidos en géneros, y en la ecología, derivada en lucha entre lo humano y la naturaleza creada; nada de eso pudo conocer el José Antonio del siglo XX, pero sí los joseantonianos del siglo XXI.

En razón de esta base humanística, se trataba de predicar, no con la palabra, sino con el ejemplo, y dar testimonio de un modo de ser, manifestado en un estilo. Y rechazábamos de nuestro lado a quienes se llenaban la boca de frases y se disfrazaban con la camisa azul, y no eran capaces de vivir y de sentir de acuerdo con ese estilo joseantoniano.

Desde estos puntos de partida, encontramos hoy las carencias de esa bella realidad histórica y de convivencia que es España, que se proyecta, por razones casi genéticas, en la Europeidad y en la Hispanidad; sentimos el dolor de España que le caracterizó a él y a cuantos le precedieron en el camino de la crítica, porque no hay patriotismo más sincero que el que nace del deseo de superar lo defectuoso. Y, entre otras muchas cosas, nos duele profundamente el drama de esa España vacía.

Y nos duele España tanto más cuanto se la niega o se la pretende desunir; y tanto más cuanto algunos confunden el patriotismo con el patrioterismo, o invocan el nombre de España para sus intereses económicos o de partido; y tanto más cuanto algunos confunden el falangismo de José Antonio con ideologías periclitadas o confusas, que ponen a los filósofos de la duda por encima de nuestros clásicos.



Las palabras clave para nosotros son unidad y armonía, y esta comienza por la relación del hombre, del ciudadano, con su entorno, superando la conflictividad con el diálogo y la intención puesta en una nación de todos y para todos, no de y para un partido, una clase o una secta.

Para que el hombre y España se encuentren a sí mismos y se reencuentren entre sí, es necesario buscar caminos que garanticen la justicia en las relaciones humanas, en la distribución de la riqueza y en el empoderamiento (nuevo término de hoy) de ese hombre por encima de los intereses especulativos de una sociedad hipercapitalista. Puede ser que esos caminos en busca de la justicia no pasen por los mismos hitos que se diseñaban en los años 30 del siglo pasado - qué decir hoy del sindicalismo, de la banca o de empresa-, por lo que se requiere, no un afán de

repetición y de mimetismo inane, sino un afán de adivinación de lo que hubiera propuesto José Antonio de vivir en este siglo XXI.

Esa justicia social no se plasma solo en la satisfacción de las necesidades materiales que hayan podido conceder los Estados del bienestar, incluso hoy discutidos, sino en las necesidades humanas en cuanto a la cultura, el saber, la educación y el espíritu; y, en este terreno, es necesario reivindicar el valor del esfuerzo, de la formación de la personalidad y de una equidad no igualitarista a ultranza. Porque la democracia de contenido que proponía José Antonio en lugar de la formal de aquellos días y de estos, solo puede llevarse a cabo si existe una auténtica aristocracia del trabajo, la cultura y el aprendizaje.

No se puede asimilar el proyecto joseantoniano actual a ninguna forma de populismo de izquierdas o de derechas; tampoco, a un neofascismo remozado, del mismo modo que José Antonio, ya aquellos años 30, afirmó que el fascismo es fundamentalmente falso, ya que acertaba a vislumbrar que el problema de fondo era religioso, pero intentaba suplantarlos con una forma de idolatría. Mejor es relacionarlo con las corrientes regeneracionistas de nuestra historia moderna, de amplio espectro ideológico, que dieron las pautas para hacer frente al problema de España y para que esta dejara de ser un eterno borrador inseguro.

Con la misma inquietud intelectual del Fundador, debemos estar atentos y abiertos a todas aquellas formas del pensamiento contemporáneo y actual que partan de las premisas humanísticas, espirituales y con vocación transformadora mencionadas: que nada humano nos sea extraño.

¿Nos podemos seguir llamando revolucionarios los joseantonianos del siglo XXI? Sí, siempre que desdeñemos la utopía y el ornato épico de otros tiempos, y acudamos a la etimología de la palabra: *res novae*, cosas nuevas; porque eso es por lo que seguimos trabajando y seguro que encontraremos la resistencia de un orden impuesto con mano férrea y aparente guante de seda.

Todo eso constituye el punto de partida para recrear a José Antonio en nuestros días. Evidentemente, como entonces, más que valor e irresponsabilidad de la infancia, debemos imponernos un rigor de precisión y emplazamiento ante el mundo que nos rodea. Ese debe ser el "leit motiv" de nuestra celebración del 29 de octubre.

Esa ha sido la voz, casi unánime, gritada por la gran mayoría del Congreso de los Diputados, ante la propuesta de los "52 discrepantes". La infructuosa Moción de Censura presentada por VOX contra el Presidente del Gobierno tenía asegurado su fracaso, tuviera o no razón, debido al todopoderoso dominio de las mayorías parlamentarias, ese argumento que supera y desborda –en el sentir demoliberal- a la propia verdad... Y eso lo sabíamos todos, también los de VOX.



Pero , en sentido estricto de la moción, lo que pretendían es "censurar" la gestión del Presidente y forzarle a dimitir, como, en caso previo, le ocurrió al presidente anterior, de otro partido político. Y, si en aquella ocasión todos los partidos mayoritarios consiguieron el cese del

Presidente, acusándolo de corrupción (cuestión "solo de dinero", puesta parcialmente en duda en estos días, tras resolución judicial), en esta ocasión los señores. diputados eran convocados para que, con su voto personal se opusieran a la censura; o bien "pasaran" de la cuestión (absteniéndose); o alternativamente consideraran que el señor. Presidente merecía se censurado por su mala gestión en el gobierno de la nación.

Arrolladoras cuestiones afrontadas por el Gobierno...con resultados nefastos, justificaban plenamente la presentación de la Moción, la cual podía perfectamente ser asumida por "muchos"...Entre otras muchas cuestiones "50.000 muertos nos contemplan", y cuatro millones de parados le señalan.

La certeza de la derrota de la moción no justifica éticamente, el tácito apoyo a una gestión que muchos consideran nefasta. Como informó al Rey el general español en la decisiva derrota de Rocroi "el éxito y el acierto podréis negarme, el esfuerzo y la dedicación, no" Y continuando el símil épico, si los defensores de Numancia, o de Sagunto, o los habitantes de Móstoles hubieran valorado sus posibilidades de supervivencia, la Historia habría sido otra

Aún queda esperanza o los milagros existen, así podría haberse titulado también este artículo.

Que la Universidad de Sevilla haya editado las memorias como gobernador civil de José Utrera Molina es una doble buena noticia. Lo es porque era de justicia que en la ciudad por la que tanto hizo se tuviera este recuerdo hacia su persona. Y lo es, sobre todo, porque, con esta edición, la Universidad de Sevilla se desmarca, al menos momentáneamente, de esa línea general mantenida por las Universidades españolas, bastante desprestigiadas ya de por sí la mayoría de ellas, de seguidismo de la maldita corriente de corrección política que lleva tiempo colonizando el mundo.



Sevilla se lo debía a José Utrera Molina. No olvidemos que, hace tan solo cuatro años, en vísperas de la Nochevieja de 2016 y justo un día después del de los Inocentes (quizá pretendiera ser una infame celebración de dicha festividad), la Diputación Provincial de Sevilla, en un acuerdo ignominioso y en lo que fue un gesto de cinismo a los que ya nos tiene acostumbrados la clase política actual, resolvió retirarle la medalla de oro de la ciudad que la propia Diputación le había otorgado en el año 1969. En aquella ocasión votaron a favor de dicha retirada todos los grupos presentes en el Pleno provincial, incluido el de Ciudadanos, con la única vergonzosa y vergonzante excepción del Grupo popular que, haciendo lo que en ese partido es costumbre, se puso de perfil ante tamaña injusticia para con un hombre que, entre otras cosas que seguramente incluso ignoraran esos diputados provinciales del Partido Popular, fue en las listas de la Alianza Popular de Manuel Fraga en las elecciones generales de 1977 como candidato al Senado por la circunscripción de Málaga. Recientemente, en junio de este mismo año, el Tribunal Superior de Justicia de Andalucía (TSJA) ha reconocido a los herederos de José Utrera Molina, su derecho a seguir reclamando que se anule ese acuerdo de la Diputación de Sevilla revocando así una resolución anterior de un juzgado de primera instancia que consideró que el hijo de Utrera Molina, Luis Felipe,

carecía de legitimidad para reclamar. El abogado de la familia Utrera Molina, José Manuel Sánchez del Águila, calificó certeramente la retirada de esa medalla de oro como “un caso emblemático de discurso del odio” y una “clamorosa y perversa desviación de poder”.

El Ayuntamiento de Sevilla le retiró también su condición de hijo adoptivo de la ciudad y la avenida que llevaba su nombre. Tamañas muestras de ingratitud por parte de la ciudad que tanto quiso y por la que tanto hizo en pro de su modernización y prosperidad nunca menguaron su enamoramiento perpetuo para con Sevilla ni envenenaron su carácter, siempre extrovertido y cariñoso.

Hombre profundamente familiar como era, sus ocho hijos, diecinueve nietos y un biznieto le procuraron la admiración, la ternura y el amor que le acompañó en sus últimos años, ajeno a los desprecios y las venganzas retrospectivas de una caterva de mediocres que no serían dignos ni de atarle los zapatos.

Él, que fue una de las voces más críticas en sus últimos años para con la infame ley de memoria histórica, padeció sus perversos efectos en su persona y su recuerdo, tanto en su Málaga natal, en su querida Nerja y, como no, en esta Sevilla tan olvidadiza e ingrata en demasiadas ocasiones.



Él, que impulsó las barriadas de Sevilla donde tantos y tantos sevillanos de nacimiento o adopción viven hoy (“unos años interesantes desde la perspectiva local por cuanto el país registró un crecimiento notable, una sensible modernización y una transformación socio-económica apreciable”, reza la propia presentación del libro ahora editado por la Universidad de Sevilla), sufrió el bofetón del olvido y el desagradecimiento de la ciudad.

Con motivo de una visita a su amigo, el maestro del toreo Pepe Luis Vázquez, ya anciano y ciego en aquellos días del año 2013, escribía, en un artículo que tituló “Sevilla, esencia española”, estas palabras:

“Si algo ocurre notable en mi propia vida, es la gracia de mantener el recuerdo de mi etapa sevillana, tal vez la más fértil y apasionada de todas las que he vivido en distintos puestos de servicio. Sevilla me reconforta y enciende mis recuerdos. No son sus calles, sus avenidas, sus edificios y la histórica envergadura que se refleja en muchos rincones de la ciudad. No son pues las estrechas calles o la visión completa de una ciudad enlazada por un río que constituye sin duda su alma. Pero hay algo que se antepone al paisaje urbano, que incluso nos hace olvidar puentes, calles estrechas, iglesias incomparables y lugares de indescriptible belleza. La realidad a que me refiero, es la más importante de todas, “el hombre”.

Y también:

“Creo que, al referir esta anécdota, completo no un suspiro de admiración sino un golpe que recibo en el pecho al recordar todo lo que Sevilla ha significado para mí y que ofrezco a mis lectores como una muestra de un sentimiento inextinguible que me compensa, que me eleva y que adquiere en el tiempo la fortaleza de lo verdadero. A esto añado siempre mi recuerdo agradecido a Dios, que me permitió, a través del conocimiento de los hombres, vivir parte de su historia, tener vivamente en pie la memoria sevillana confundida junto al olor del azahar y la visión esbelta de sus viejas y enhiestas palmeras”.

Ni esta declaración de rendido amor a la ciudad ni tantas y tantas muestras que dio de ello a lo largo de toda su vida han sido motivo suficiente para que Sevilla, personificada en sus políticos, le agradeciera y compensara con su gratitud.

También en la introducción al libro de memorias que ahora aparece se dice:

“...Según sus propias palabras, aquellos fueron los años más felices de su vida política. En esas tres provincias pudo apreciar el contacto directo con los problemas y con las gentes que los sufrían, pero también tuvo la satisfacción de arbitrar soluciones o, al menos, paliar los sufrimientos de quienes se acercaban a hablar con él. No todo fueron parabienes en su gestión, pero pudo sentir el agradecimiento de aquellos que supieron que aquel gobernador intentaba ayudarles. Estos aspectos humanos -que quedan más allá de lo estrictamente político- se dejan sentir con fuerza en estas memorias, lo cual no suele ser habitual. Muy especialmente fue su estancia en Sevilla la que le marcaría definitivamente: en lo político, porque tras su prolongada

permanencia se le encomendarían tareas a nivel nacional; en lo personal, porque Sevilla sería ya su ciudad para siempre...”

José Utrera Molina fue un hombre bueno, un hombre honrado y que hizo honor hasta el final de sus días de valores fundamentales hoy lamentablemente en desuso, un católico de los de antes y, ante todo, un hombre fiel y leal. Un hombre que llegó a Sevilla como gobernador civil después de serlo en Ciudad Real y Burgos, y al que Sevilla le robo el corazón, ese corazón que unos cuantos quisieron romperle al cabo de los años desde sus cómodas poltronas, en virtud de una ley vengativa e injusta, mas sin conseguirlo.

Por todo eso, la publicación por parte de la Universidad hispalense de estas memorias de su época de gobernador civil es un acto de justicia que, pareciendo casi un milagro en esta España de hoy, deja una pequeñísima ventana abierta a la esperanza....

Y termino este recuerdo que es un agradecimiento a la Universidad de Sevilla, con otras palabras de José Utrera Molina que cobran especial significado con el transcurso de los años y los acontecimientos:



“Yo tuve la ocasión de servir a Sevilla durante más de ocho años. De todo mi quehacer político recuerdo con especial relieve esta etapa en la que sin duda -con más o menos éxito-, puse siempre mis entrañas, mis esperanzas y mi corazón adivinando las glorias de su futuro. En la vida política, la palabra “recuerdo” cobra una inusitada valoración. Nos concede la gracia de ser millonarios de todos los rincones de nuestra alma que aún palpitan frente a la vejez y que no se desvanecen con

el peso atosigante de las horas. A veces, este recuerdo es lacerante y duro; en otras ocasiones, aliviador y reconfortante y constituye trozos de nuestra vida que no se pierden en las tinieblas del olvido...”

La polarización política no es exclusiva de España pero es, naturalmente, la que nos atañe más de cerca. El enfrentamiento convive con una pandemia que azota a una civilización que se consideraba inmune a este tipo de plagas y nos deja el lugar común de pedir a los representantes políticos que depongan sus visiones partidistas en aras de un bien colectivo plasmado en el eficaz doblegamiento de la curva de contagios. Hay en no pocos una añoranza por los tiempos del entendimiento entre los dos grandes

partidos; un periodo de consensos o de concertación que, de recuperarse, acortaría el tiempo de sufrimiento sanitario y económico.



Los años 2011 y 2012 sirven como botón de muestra para poner en perspectiva las bon- dades del bipartidismo tardío. En esos años no tan lejanos la Casa Real, la clase empresarial, los dos grandes sindicatos y los partidos de la concertación estaban todos

judicialmente cuestionados. El presidente de la CEOE, Gerardo Díaz Ferrán fue detenido en 2012. Meses antes, en noviembre de 2011, Iñaki Urdangarín fue apartado de los actos oficiales de la Casa Real. El sábado 10 de marzo de 2012, la jueza de Instrucción 6 de Sevilla, Mercedes Alaya, ordenaba el ingreso en prisión provisional, comunicada y sin fianza del que fuera director general de Trabajo y Seguridad Social de la Junta de Andalucía durante nueve años. Fue la primera de las detenciones del caso de los ERE falsos en Andalucía que implicaba al PSOE y a los sindicatos UGT y CC OO. Por último, en junio de 2012 Francisco Correa, el cerebro principal de la trama Gürtel sobre financiación ilegal del PP, salía en libertad condicional de la cárcel de Soto del Real en Madrid, donde llevaba tres años y cuatro meses. El consenso político que había arrancado de la Ley para la Reforma Política de 1977 había ido degenerando en una «cupulocracia» en palabras del profesor de Derecho Constitucional de la Universidad Complutense, Ramón Peralta. La cupulocracia trufaba la vida política española en unos años en los que el azote era la crisis económica desatada en 2008. El bipartidismo «constructivo» había quedado atrás. Para unos la puntilla se la dio el PP al utilizar el GAL como argumento electoral para aupar al presidente Aznar a la presidencia del gobierno. Para otros fue el presidente Rodríguez Zapatero al desenterrar el guerracivilismo con la Ley de Memoria Histórica. Pero incluso en los años del bipartidismo «constructivo» los dos grandes

partidos habían engordado el poder del nacionalismo centrífugo. A cambio del compromiso en «gestionar las emociones independentistas» los partidos de Estado dimitieron de su presencia en las provincias vascas y en Cataluña. Paralelamente, el poder judicial se mostró groseramente permisivo con la comisión de delitos económicos de la élite nacionalista –imposible olvidar el caso Banca Catalana– y retorció las interpretaciones de la ley para permitir la transferencia de competencias reservadas por la Constitución a la Administración General. En 2011 el Plan 2000 de Pujol llevaba ya más de 20 años publicado impunemente. En 2017 la Administración General del Estado en Cataluña había tenido que recluirse en el barco «Piolín» a falta de espacio físico desmantelado por el bipartidismo entregado por décadas al nacionalismo disgregador. Cuando se invoca el gran consenso bipartidista como hoja de ruta para resolver la polarización política y doblegar la curva de contagios, estaría bien poner en perspectiva sus virtudes o, al menos, las de su deriva cupulocrática.

Pero hay más. El consenso se fue construyendo sobre un discurso único de la Historia reciente de España que fue colocando personajes arquetípicos en la educación y la cultura. A partir de ahí, una interpretación maniquea de la Historia de España, de buenos y malos, se impuso sin espacio ni para el debate ni para la discrepancia. El rebrote republicano que asoma en España no se explica sin décadas de construcción de una imagen beatífica de la II República y de arquetipos de españoles buenos prorreplicanos y españoles malos antirreplicanos. Si desde la crisis de 2008 hasta nuestros días tres nuevos partidos se han abierto paso en la política nacional, desde luego no ha sido por capricho sino por la mala deriva del bipartidismo que fue perdiendo sus virtudes por desgaste, por ambición espuria, por inacción frente al nacionalismo y por doblegarse a una lectura única de las cosas. El pluripartidismo es una realidad en buena parte de las democracias europeas y no en todas hay una polarización de trincheras, posiblemente porque en ellas no ocurre que una sola de las partes define dónde está el centro político y a partir de él, los extremos, ni tampoco impone una visión excluyente de la Patria común. La polarización de la sociedad española se reducirá cuando la visión maniquea de españoles buenos y españoles malos que en las últimas décadas se ha impuesto deje paso a un respeto al resto de compatriotas sincero y no de pose. No es fácil. Una vez contruidos los arquetipos es muy fácil mover electoralmente las emociones sobre todo si no hay batalla cultural que los desmonte. Pero si alguna vez se recupera para la política el respeto que los españoles nos profesamos en la vida cotidiana, no esperemos que la «cupulocracia» doblegue la curva de contagios. Es sólo una democracia de amiguetes que acaba anidando a futuros presos como todos los que han ido a la cárcel estos últimos años.

Tomando el nombre de la policía política soviética, en España las checas fueron creadas como cárceles controladas por grupos radicales de izquierdas y anarquistas donde se torturaba y asesinaba sin ningún tipo de garantía a todos los rivales políticos.



Bladimir Uliánov, más conocido como Lenin, su nombre de guerra, fue el fundador de la llamada Comisión Extraordinaria para la Lucha contra la Contrarrevolución y Sabotaje de Toda Rusia, más conocida como «Cheka». Creada como una especie de policía bolchevique o brazo armado del nuevo gobierno instaurado en Rusia tras la caída de los zares, la Cheka se hizo tristemente célebre por liderar en 1918 el llamado «Terror Rojo», un período en el que la represión acabó costando la vida a miles de sospechosos de no simpatizar con el nuevo régimen.

El origen de la Cheka hay que buscarlo en las palabras del propio Lenin, cuando aseguraba que el poder se mantenía mediante «la violencia y la falta de conciencia». Éste afirmaba lo siguiente: «¡A menos que apliquemos el terror a los especuladores, una bala en la cabeza en el momento, no llegaremos a nada!». Algo similar a lo que dijo en su momento el revolucionario Grigory Zinoviev: «Para deshacernos de nuestros enemigos necesitamos nuestro propio terror socialista». Con la Revolución de Octubre de 1917 en marcha, Lenin, junto con uno de sus colegas, León Trotsky, apostó por hacer de la amenaza un medio de represión eficaz contra sus enemigos. Trotsky afirmaba que «el terror es eficaz contra la clase reaccionaria que no se decide a abandonar el campo de batalla. La intimidación es el medio más poderoso de acción política».

El 6 de octubre de 1917, el Sóviet de Comisarios del Pueblo, un organismo dirigido por el propio Lenin, solicitó al bolchevique polaco Félix Dzerzhinsky, famoso por ser el fundador de la policía revolucionaria comunista, que redactara una serie de propuestas que ayudaran a combatir a «los saboteadores y a los contrarrevolucionarios» que querían destruir el nuevo régimen instaurado tras la Revolución de Octubre. Al día siguiente, el 7 de octubre, el Sóviet de Comisarios del Pueblo convirtió las ideas de Dzerzhinsky en la Comisión Extraordinaria para la

Lucha contra la Contrarrevolución y Sabotaje de Toda Rusia, más conocida como Cheka (Chrezvichainaya Kommisiya).

La Cheka se convirtió, de este modo, en el brazo armado del gobierno de Lenin, encargada de suceder a la vieja Ojrana (la terrible policía secreta zarista, ideada para que sus miembros se infiltrasen en los grupos contrarios al zar y, llegado el caso, ejecutar a los líderes más peligrosos). Aunque en los inicios de la Revolución Rusa, la Cheka no tenía potestad para detener de forma preventiva a cualquier ciudadano, inspeccionar todas y cada una de las instituciones del país, crear campos de concentración o firmar condenas a muerte, en el futuro se convirtió en un sinónimo de muerte y terror.



Años después, durante la Guerra Civil Española, la palabra «checa» se usó en nuestro país para definir un tipo de prisión que algunos grupos revolucionarios vinculados con diversos partidos de izquierdas y anarquistas utilizaron durante el conflicto para encarcelar y torturar a sus oponentes políticos sin ningún tipo de garantía legal. El 19 de julio de 1936, el entonces jefe del Gobierno republicano, José Giral, decidió armar al pueblo pero, al final, en muchas zonas leales a la

República se dio una auténtica situación revolucionaria y el poder acabó cayendo en manos de los elementos más radicales que conformaban las milicias.

La Causa General que se instruyó al final de la contienda para investigar los crímenes perpetrados durante la guerra, estableció que sólo en la ciudad de Madrid se construyeron 225 checas, aunque recientes estudios establecen que el número de checas en la capital podría elevarse hasta 345. Las detenciones realizadas por los responsables de las checas en buena medida se debían a denuncias anónimas, pero había casos en que no era así. En todas ellas se torturó y asesinó a los detenidos de manera atroz; para un preso, el mero hecho de saber que iba a ser trasladado a una checa ya era la peor de las torturas porque de todos era sabido que quien entraba en una no salía con vida.

La celda estándar en una checa consistía en un espacio de unos seis metros cuadrados donde había un murete inclinado, a modo de cama, adosado a una pared. Éste estaba inclinado en un ángulo de 20 grados, para que el preso pudiera mantener el equilibrio mientras permaneciera despierto, pero que en cuanto se durmiese cayera al suelo, que estaba sembrado de ladrillos colocados en forma de arista para evitar que

podiera tumbarse allí a descansar y dificultar así los movimientos. En algunas paredes había un reloj, cuya hora era alterada desde el exterior para evitar que los presos pudieran tener la más mínima noción del tiempo. Otras celdas tenían forma de armario, donde tan sólo se podía estar en cuclillas. Y algunas de ellas estaban pintadas con alquitrán tanto por dentro como por fuera para que en verano se sobrecalentasen de tal forma que el calor resultara asfixiante para su ocupante.

En aquella época, uno de los más «ingeniosos» torturadores de checas hizo su aparición en Barcelona. Su nombre era Alfonso Laurencic. Este hombre alto, de buena planta y exquisitos modales, se presentaba a sí mismo como director de orquesta y pintor, pero también como arquitecto y oficial de la Legión Extranjera y del ejército yugoslavo. El mismo Laurencic fue a parar dos veces a la checa situada en la barcelonesa Puerta del Ángel por vender pasaportes falsos y robar dinero de la Administración del Servicio de Investigación Militar (SIM). Más tarde fue encerrado en la durísima checa de Santa Úrsula, en Valencia, donde consiguió que lo trasladaran a la checa situada en la calle Vallmajor, de Barcelona, el antiguo Convento de las Magdalenas Agustinas. Una vez allí, Laurencic, que no era político, ni tenía ningún sentimiento patriótico, sino que se sentía más bien un apátrida, ofreció sus «servicios» como arquitecto (aunque en realidad sólo tenía algunas nociones como dibujante) para diseñar unas checas que fueran mucho más terroríficas. Laurencic proyectó la «decoración» de las paredes de manera que crearan mayor ansiedad en el recluso: techos de color negro y paredes grises, muros pintados con líneas amarillas oblicuas, incluso algunas paredes se pintaban con círculos de colores de diferente tamaño.

En las checas se llevaban a cabo las más diversas técnicas de tortura, que tenían nombres tan singulares como «La banderilla», «El empetao», «La ratonera» o «El echar a los cerdos», entre otras. Los pistoleros que llevaban a los presos a las checas no hacían diferencias entre estatus social, religión ni partido político. Cuando un recluso caía exhausto tras ser torturado y no se le había podido extraer toda la información, era conducido a la enfermería donde le inyectaban un estimulante a base de cloruro de cocaína, lo que le provocaba una euforia que a los torturadores les permitía proseguir con su «trabajo». A todas estas técnicas hay que añadir las palizas y las violaciones. Se calcula que en estas prisiones, murieron alrededor de 10.000 personas, aunque es imposible de confirmar dada la escasa documentación al respecto.

Cuando las tropas sublevadas ya estaban a la vista, Barcelona se rindió. Muchos responsables de las checas como Santiago Garcés, jefe de la SIM (Servicio de Investigación Militar); un tal Walter, uno de los más terribles torturadores, del que se desconoce el apellido, o Manuel Escorza, responsable de la checa de la calle Sant Elies, huyeron de la ciudad. Laurencic también escapó, pero fue detenido en El Collell

(Girona), y entregado al ejército alemán por tener la nacionalidad austríaca. Devuelto de nuevo a la justicia española, Laurencic fue juzgado el 12 de junio de 1939.

Durante el juicio, y después escuchar los terribles relatos de algunos supervivientes, Laurencic, sin ningún atisbo de arrepentimiento, le dijo al fiscal que sus checas eran mejores que otras porque tenían servicios «más higiénicos». Laurencic, que en realidad era un vividor que siempre se arrimaba al sol que más calienta, al final quiso hacerse pasar por franquista, y declaró que había sido una «víctima de las circunstancias». Tras finalizar el juicio, aquel «decorador» de checas gritó un sorprendente «¡Viva el Generalísimo Franco!». El 9 de julio de 1939 fue conducido al Campo de la Bota, en Barcelona, y ante el pelotón de fusilamiento fue abatido con el brazo en alto haciendo el saludo fascista. Sus restos fueron trasladados a la fosa común del Fossar de la Pedrera, en Montjuïc.

7

A por ellos

Eduardo García Serrano para El Correo de España

Este Gobierno cipayo merece algo más, bastante más que una moción de censura. Pero, en los márgenes democráticos, es el grado máximo de matarile que se le puede arrear. Y no es poco, aunque no nos colme. A por ellos, pues. Son muchos, tienen mucho poder, sobrada intendencia de veneno y una tupida red logística de colaboradores, tontos útiles y cómplices, a cual más canalla, a cual más traidor. No importa.

Si en la Historia de España hubiera primado el cálculo apriorístico de probabilidades y posibilidades antes del combate, de cualquier combate: civil, político,

social o militar, la Historia no hubiera forjado a España, habría moldeado un pueblo de acomodaticios con- tables del ábaco, permanentemente arrodillado ante el más fuerte, ya con babuchas musulmanas, ya con las botas de los coraceros napoleónicos.



Cuando Leónidas y sus 300 espartanos se atrincheraron en las Termópilas frente a la marabunta persa,

Jerjes, miseri- cordioso y desdeñoso, les pidió que entregaran las armas. La la- cónica respuesta espartana tiene más valor que cualquier discurso político: «Venid a por ellas». Cu- ando el condestable Borbón ofreció una honrosa rendición al Tercio

español en Rocroi, la respuesta de su capitán es un monumento a la dialéctica de la épica: «La Infantería española no se rinde jamás». Ninguno de los dos caudillos dejó de hacer lo que sus banderas les exigían porque el enemigo era más numeroso y más fuerte. Derrotados sobre el terreno vencieron con su ejemplo, dándole alas a una victoria hurtada por las armas pero bendecida por la Historia.

La moción de censura de VOX contra la marabunta socialcomunista y separatista, es una urgencia nacional destinada a la derrota en la fría geometría del Hemiciclo y en el ábaco de la lonja parlamentaria, donde se almoneda España y se subastan sus despojos a cambio de unas migajas de tiempo para los relojeros de La Moncloa. No importa. Los imperativos morales se cumplen, sin más. De lo contrario te conviertes en Pablito Casado, que espera agazapado detrás de su miedo y sus cálculos, con los pañales sucios y la lengua tiritando, a recoger su parte del botín, con permiso de Pedro Sánchez, después de que VOX se haya batido solo contra la marabunta socialcomunista y separatista.

No importa. A por ellos. Los espartanos y la Infantería española nunca preguntaban ¿cuántos son? sino ¿dónde están?

8

Oda a un soñador, José Antonio

Eduardo López Pascual



En Benalúa te mataron, camarada,
fue en Benalúa.
cuando apenas despuntaba el alba,
un siniestro pelotón de fusileros
hicieron oír su mortífera descarga

de balas, de fanatismo, y de rabia
pero tú sonreías, camarada, ante el
paredón de la mañana. Clara y lejos
tenías la mirada

Cuando se abren los días, camarada,
y el sol aparece con recelos, absorto
me siento, al ver como hasta e cielo

llorando quedaba por la vida que te
robaron los sicarios del miedo, y del
relámpago ardiente, y del trueno

Ya está amaneciendo camarada sobre
los fusiles de acero, y tu, José Antonio,
morías frente a los balazos de hierro.
Te fusilaron amaneciendo.

Una descarga de envidia, la señal del
tormento, bramó frente a la brisa de
Alicante, cárcel de vidas y de sueños

que un pelotón de ciegos milicianos
te apuntaron a los ojos y al cuerpo,
y tú, fijas las pupilas, gritaste: ¡dispara

ya!, que la muerte siempre espero,
pues esta vida no la contemplo, sino
es quemándola, en un bien supremo.

Tu sangre brotó en una cruel mañana,
nunca demandó resentimiento, jamás
quiso venganza, para aquellos que con
odio, vivieron de su mal, sedientos.

Y la vida diste. por amor a tu pueblo,
ese que camina entre insultos, el que
pide el pan que es lo justo, y el hogar
que nunca tuvieron

en la memoria, estarán tus camaradas
rezando una patria sin luto ni hambre,
con sus manos abiertas , y el corazón
latiendo, por una España libre y grande

Pero no te importa camarada, que no
importa morir por un sueño; contento
me marcho amigo de gesta y de versos
que la gloria desea.

Pero nunca te fuiste solo, José Antonio,
que contigo otros muchos te siguieron,
para el último viaje, los brazos siempre
en alto se pusieron

por España. No sufras mas, compañero,
que siempre te lleváremos muy dentro;

cinco rosas las despliego, pues rosas
son los dardos que yo llevo, bordadas
están en tu camisa de azul serio y neto
que las novias las hicieron

Afuera, nadie escuchaba tu lamento
que era tiempo de mentiras, y horas
de juramentos, unos por el Dios que
nos salva, y otros por el del infierno..

Y aquellas madrugadas de noviembre
ya no son las de siempre, compañero,
que están mal acompañadas, por un
tiempo, de tragedia y triste desespero

José Antonio ya te tenemos ¡Presente!,
en contra de los clavos puestos, que
la siembra que dejaste. sí germinaron
como los trigos, en el infinito universo

Aunque ahora residas entre luceros
y nuestras cantos suenan muy lejos,
millares de voces recitan tu nombre ,
José Antonio, con su eco creyendo,
tus palabras, y tu definitivo ejemplo.

Y mira, cuántas cosas hablaríamos mi
camarada, que en España y su pueblo
atentos estan a tu consigna, por más
que descanses al otro lado del viento..

Pero tú no has muerto. José Antonio,
que todo nos queda en el recuerdo,
el legado de tu obra es tan fuerte, que
siempre vences al olvido y al tiempo.

¡Ay!, camarada, ¡Ay!, cuánto tiempo
compartido , ya quisiera yo darte hoy
un inolvidable abrazo a nuestro estilo ,

que tú sigues con nosotros, que en tí
solo se te duerme el cuerpo, porque
eres un soñador de patria y de pueblo.

Cieza, junio de 2020

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores. Para cualquier comunicación sobre este boletín o para recibirlo periódicamente en su buzón puede dirigirse a fundacionjoseantonio@gmail.com